

CIENCIA FICCIÓN

Jack Vance
**LOS
WANNEK**

Una búsqueda a través del planeta
alienígena Tschai, en persecución
de la libertad... o de la muerte.



Varado en el planeta Tschai tras ser destruida la nave que lo había llevado allí, Adam Reith acepta conducir una expedición para devolver a la princesa Ylin Ylan, la Flor de Cath, a su tierra natal al otro lado del globo. Monstruos terrestres y marinos lo aguardan en su periplo, junto con seres humanos y alienígenas dispuestos a robarles, matarles o esclavizarles. Porque Tschai es un antiguo planeta, donde cuatro poderosas razas alienígenas luchan por la supremacía, mientras que los seres humanos son tratados como peones. Nada va a ser fácil para Reith en este viaje. Pero el planeta de la muchacha es inmensamente rico, y su país es tecnológicamente sofisticado. Si Reith tiene alguna posibilidad de regresar alguna vez a la Tierra, ¿dónde puede conseguirla mejor que en Cath? Por supuesto, si puede llegar hasta allí...

NOTA DEL EDITOR DIGITAL

Cuando en 1999, más de 300 voluntarios iniciaron a través de internet (y coordinados por el propio autor) la creación de la *The Vance Integral Edition* (una edición limitada en tapa dura de 44 volúmenes con sus obras completas) una de las decisiones que se tomó fue respetar los deseos del autor tanto en las versiones de los textos a publicar como en los títulos.

Como en algún momento de su vida Mr. Vance descubrió cuál era el significado que en el inglés de la Commonwealth se había atribuido a la palabra *wank* éste decidió modificar el nombre de la raza que da título a éste volumen por Wannek. Este editor ha decidido por tanto respetar este deseo.

Prólogo

A doscientos doce años luz de la Tierra flotan la humosa estrella amarilla Carina 4269 y su único planeta Tschai. Al acudir a investigar la fuente de unas señales de radio recibidas en la Tierra, la nave *Explorador IV* fue destruida. Su único superviviente, el explorador estelar Adam Reith, fue rescatado, maltrecho, por Traz Onmale, joven jefe de los nómadas Emblemas.

Desde un principio, la más urgente finalidad de Adam Reith fue regresar a la Tierra, con la noticia de la existencia de Tschai y su extraño conglomerado de razas. En su búsqueda de una espacionave para tal fin se le unieron primero Traz, luego un tal Ankhe at afram Anacho, un Hombre-Dirdir fugitivo.

Reith no tardó en saber que Tschai había sido escenario de antiguas guerras entre tres razas extraplanetarias: los Dirdir, los Chasch y los Wannek. En la actualidad existía un incierto punto muerto, en el que cada raza mantenía su área de influencia, con las vastas tierras interiores abandonadas a los nómadas, fugitivos, bandidos, señores feudales y otras comunidades más o menos civilizadas. Indígenas de Tschai eran los solitarios Phung, y los Pnume, una raza furtiva que vivía en cavernas, túneles y pasadizos bajo las ciudades en ruinas que jalonaban el paisaje del planeta.

Cada una de las razas alienígenas había adoptado o esclavizado a los hombres, los cuales, a lo largo de miles de años, habían evolucionado hacia la correspondiente raza anfitriona, de tal modo que ahora existían los Hombres-Dirdir, los Hombres-Chasch, los Hombres-Wannek y los Pnu-

mekin, además de las otras y más obvias poblaciones humanas.

Reith se sintió desde un principio maravillado ante la presencia de hombres en Tschai. Una tarde, en la posada del recinto para caravanas de la Estepa Muerta, el Hombre-Dirdir Anacho aclaró el asunto:

—Antes de que llegaran los Chasch, los Pnume gobernaban en todas partes. Vivían en poblados de pequeños domos, pero toda huella de esos poblados ha desaparecido. Ahora moran en cuevas y pasadizos bajo las viejas ciudades, y sus vidas son un misterio. Incluso los Dirdir consideran que trae mala suerte molestar a un Pnume.

—Entonces, ¿los Chasch llegaron a Tschai antes que los Dirdir? —inquirió Reith.

—Es bien sabido —dijo Anacho, maravillándose de la ignorancia de Reith—. Sólo un hombre de una provincia aislada... o de un mundo lejano, ignoraría el hecho. —Lanzó a Reith una mirada interrogadora—. Pero los primeros invasores fueron de hecho los Viejos Chasch, hará un centenar de miles de años. Diez mil años más tarde llegaron los Chasch Azules, procedentes de un planeta colonizado en una era anterior por los viajeros espaciales Chasch. Las dos razas Chasch lucharon por el dominio de Tschai, y apelaron a los Chasch Verdes como tropas de choque.

»Hace sesenta mil años llegaron los Dirdir. Los Chasch sufrieron grandes pérdidas hasta que los Dirdir llegaron en tan gran número que se volvieron vulnerables, a partir de cuyo momento se estableció un equilibrio. Las razas siguen siendo enemigas, con pocos intercambios entre ellas.

»En un tiempo comparativamente reciente, hace diez mil años, estalló una guerra espacial entre los Dirdir y los Wannek, y se extendió hasta Tschai, donde los Wannek construyeron fuertes en Rakh y en el sur de Kachan. Pero ahora la lucha es escasa, excepto alguna que otra escaramuza y emboscada. Cada raza teme a las otras dos y anhela la hora en que pueda eliminarlas y conseguir la suprema-

cía. Los Pnume son neutrales y no toman parte en las guerras, aunque observan con interés y toman notas para su historia.

—¿Y qué hay de los hombres? —preguntó Reith con circunspección—. ¿Cuándo llegaron a Tschai?

—Los hombres —dijo el Hombre-Dirdir a su manera más didáctica— se originaron en Sibol y vinieron a Tschai con los Dirdir. Los hombres son tan plásticos como la cera, y algunos se metamorfosearon, primero en hombres de las marismas, luego, hace veinte mil años, en este tipo. —Y aquí Anacho señaló a Traz, que le devolvió una fulgurante mirada—. Otros, esclavizados, se convirtieron en Hombres-Chasch, Pnumekin, incluso Hombres-Wannek. Hay docenas de híbridos y razas extrañas. Existen multitud de variedades incluso entre los Hombres-Dirdir. Los Inmaculados son casi Dirdir puros. Otros exhiben menos refinamiento. Éste es el entorno que rodeó mi propia desafección: exigí prerrogativas que me fueron negadas, pero que adopté pese a todo...

Anacho siguió hablando, describiendo sus dificultades, pero la atención de Reith no estaba con él. Ahora resultaba claro cómo habían llegado los hombres a Tschai. Los Dirdir conocían el viaje espacial desde hacía más de setenta mil años. Durante este tiempo habían visitado evidentemente la Tierra, dos veces al menos. En la primera ocasión habían capturado una tribu de proto-mongoloides: la naturaleza aparente de los hombres de las marismas a los que había aludido Anacho. En la segunda ocasión —hacia veinte mil años, según Anacho— habían recogido un cargamento de proto-caucasianos. Esos dos grupos, bajo las especiales condiciones de Tschai, habían mutado, se habían especializado, habían vuelto a mutar, habían vuelto a especializarse, hasta producir la sorprendente diversidad de tipos humanos que podían hallarse en el planeta.

Acompañando la caravana que cruzaba la Estepa Muerta iban tres Sacerdotisas del Misterio Femenino y su cauti-

va: la Flor de Cath, por utilizar su nombre formal, o Ylin Ylan, su nombre de flor, o Derl, su nombre de amigo. Era una muchacha de notable belleza, de mediana estatura, exquisitamente formada si bien algo delgada, con un negro cabello que caía hasta sus hombros y una tez cremosa. Su rostro, en reposo, era pensativo, casi melancólico, como si sus aventuras le hubieran dado ocasión de desaliento, lo cual era posible. Reith se había sentido fascinado por ella a la primera mirada; a la segunda, había entrado en trance. Tomó a la muchacha bajo su protección y prometió cuidar de devolverla sana y salva a su hogar.

Así supo que desde Cath se habían originado las señales de radio que habían atraído a la *Explorador IV* a Tschai. Dos ciudades de Cath, Settra y Ballisidre, habían sido devastadas por torpedos, aparentemente como consecuencia de las señales de radio. Un torpedo había destruido a la *Explorador IV*. ¿Quién había lanzado los torpedos: qué personas, qué raza? Nadie sabía nada.

Reith confiaba en hallar en Cath las facilidades necesarias para construir una pequeña espacionave. Tras conseguir una plataforma volante en Pera, la Ciudad de las Almas Perdidas, Reith partió hacia el este, acompañado por Traz, Anacho el Hombre-Dirdir, y la Flor de Cath.

1

A tres mil kilómetros al este de Pera, sobre el corazón de la Estepa Muerta, la plataforma se estremeció, voló suavemente durante unos instantes, luego se estremeció de nuevo y osciló de una forma ominosa. Adam Reith miró alarmado hacia popa, luego echó a correr hacia el belvedere de control. Alzó la tapa de bronce, llena de volutas, del alojamiento, y miró entre los arabescos, adornos florales y sonrientes rostros infantiles que ocultaban casi maliciosamente el motor.^[1] Ankhe at afram Anacho, el Hombre-Dirdir, se le unió casi inmediatamente.

—¿Sabes qué es lo que ocurre? —preguntó Reith.

Anacho frunció su pálida nariz y murmuró algo acerca de un «anticuado cacharro Chasch» y «esa loca expedición en la que nos hemos metido». Reith, acostumbrado a las debilidades del Hombre-Dirdir, se dio cuenta de que era demasiado vanidoso como para admitir su ignorancia, demasiado desdeñoso para reconocer que unos conocimientos tan básicos se le escapaban.

La plataforma se estremeció de nuevo. Simultáneamente, les llegaron una serie de pequeños ruidos raspantes procedentes de una caja de madera negra situada a un lado del compartimiento del motor. Anacho le dio un imperioso golpe con los nudillos. Los gruñidos y estremecimientos cesaron.

—Corrosión —dijo Anacho—. La acción electromórfica a lo largo de un centenar de años o más. Creo que este motor es una copia del fracasado Heizakim Bursa, que los Dirdir abandonaron hará doscientos años.

—¿Podemos repararlo?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Apenas me atrevo a ponerle la mano encima.

Siguieron escuchando. El motor siguió funcionando sin ninguna otra pausa. Finalmente Reith bajó la tapa. Los dos hombres regresaron a proa.

Traz permanecía acurrucado en un rincón tras haber pasado toda la noche de guardia. En el asiento con su crujiente acolchado verde bajo la adornada linterna de proa se hallaba la Flor de Cath, con las piernas cruzadas, la cabeza apoyada en sus antebrazos, mirando hacia el este, hacia Cath. Llevaba así horas, el pelo flotando al viento, sin decirle nada a nadie. Reith encontraba su conducta desconcertante. En Pera no había dejado de sentir añoranza por Cath; no podía hablar de ninguna otra cosa excepto de la gracia y las comodidades del Palacio del Jade Azul, de la gratitud de su padre si Reith simplemente la devolvía a casa. Había descrito maravillosas fiestas, extravagancias, excursiones acuáticas, máscaras de acuerdo con la vuelta correspondiente del «rondó». («¿"Rondo"? ¿Qué significa "rondó"?», preguntó Reith. Ylin Ylan, la Flor de Cath, rió excitadamente. «¡Simplemente es la forma en que son las cosas y cómo se desarrollan! Todo el mundo debe saber y los listos anticipar: ¡por eso son listos! ¡Oh, es todo tan divertido!») Ahora que habían emprendido realmente el viaje a Cath, el humor de la Flor había cambiado. Se había vuelto pensativa, remota, y eludía todas las preguntas relativas a la fuente de su abstracción. Reith se encogió de hombros y se volvió. Su intimidad había llegado a un final: peor para los dos, se dijo a sí mismo. De todos modos, la pregunta seguía royéndole: ¿por qué? Su finalidad al volar a Cath era doble: primero, cumplir con la promesa que le había hecho a la muchacha; segundo, descubrir, o al menos eso esperaba, una base técnica que le permitiera la construcción de una nave espacial, no importaba lo pequeña o tosca que fuera. Si podía conseguir la cooperación del Señor del Jade Azul,

mejor que mejor. De hecho, esta colaboración era una necesidad.

La ruta hasta Cath cruzaba la Estepa Muerta, al sur de las montañas Ojzanalai, luego hacia el nordeste a lo largo de la Estepa de Lok Lu, cruzando el Zhaarken o Páramo Salvaje, sobrevolando el estrecho de Achenkin hasta la ciudad de Nerv, luego al sur bajando por la costa de Charchan hasta Cath. Para la plataforma, fallar en cualquier punto del viaje antes de Nerv significaba el desastre. Como para subrayar este hecho, la plataforma sufrió una breve y única sacudida, luego siguió volando uniformemente.

Pasaron los días. Bajo ellos se deslizaba la Estepa Muerta, parda y gris a la lánguida luz de Carina 4269. Al atardecer cruzaron el gran río Yatl, y durante toda la noche volaron bajo la luna rosa Az y la luna azul Braz. Por la mañana aparecieron una serie de colinas bajas al norte, que fueron agrandándose poco a poco y creciendo en altura hasta convertirse en las Ojzanalai.

A media mañana aterrizaron en un pequeño lago para volver a llenar los tanques de agua. Traz se sentía intranquilo.

—Los Chasch Verdes están cerca. —Señaló a un bosque, a un par de kilómetros al sur—. Ocultos ahí, observándonos.

Antes de que los tanques estuvieran llenos, una horda de cuarenta Chasch Verdes, montados en caballos saltadores, surgieron del bosque. Ylin Ylan se mostró perversamente lenta en subir a la plataforma. Reith casi la izó a bordo; Anacho tiró de la palanca de elevación... quizá con demasiada brusquedad. El motor rateó; la plataforma cabeceó y osciló.

Reith corrió a popa, alzó la tapa del motor, puñeó la caja negra. El rateo cesó; la plataforma se alzó sólo unos metros por delante de los galopantes guerreros y sus espadas de tres metros. Los caballos saltadores se detuvieron, los guerreros apuntaron sus catapultas, y el aire se llenó de lar-

gas flechas de hierro. Pero la plataforma estaba ya a más de cien metros de altura; una o dos de las flechas golpearon contra el casco al límite de su trayectoria y cayeron.

La plataforma, estremeciéndose espasmódicamente, se desvió hacia el este. Los Chasch Verdes partieron en su persecución; la plataforma, rateando, balanceándose, estremeciéndose y ocasionalmente picando de proa, fue dejándolos gradualmente atrás.

El movimiento empezó a hacerse intolerable. Reith golpeó la caja negra de nuevo, sin conseguir ningún efecto aparente esta vez.

—Vamos a tener que repararla —le dijo a Anacho.

—Podemos intentarlo. Pero antes debemos aterrizar.

—¿En la estepa? ¿Con esos Chasch Verdes detrás nuestro?

—No podemos seguir en el aire.

Traz señaló hacia el norte, a una sucesión de colinas que morían en una serie de aislados oteros.

—Mejor que nos posemos sobre uno de esos montes de cima plana.

Anacho condujo la plataforma hacia el norte, provocando oscilaciones aún más alarmantes; la proa empezó a girar como un excéntrico juguete.

—¡Aguanta! —gritó Reith.

—Dudo que podamos alcanzar ese primer otero —murmuró Anacho.

—¡Intenta el siguiente! —chilló Traz. Reith vio que el segundo de los oteros, con escarpadas paredes verticales, era claramente mejor que el primero... si la plataforma podía mantenerse en el aire hasta allí.

Anacho redujo la velocidad a un mero planeo. La plataforma se bamboleó cruzando el espacio hacia el segundo otero y se posó. La ausencia de movimiento fue como el silencio tras el ruido.

Los viajeros descendieron de la plataforma, con los músculos rígidos por la tensión. Reith miró en torno, dis-

gustado: era difícil imaginar un lugar más desolado que aquél, a ciento cincuenta metros por encima del centro de la Estepa Muerta. Demasiado para sus esperanzas de un billete tranquilo hasta Cath.

Traz se acercó al borde del otero y miró por encima del farallón.

—Puede que podamos bajar.

La unidad de supervivencia que Reith había recuperado de la estrellada lanzadera incluía una pistola de proyectiles, una célula de energía, un telescopio electrónico, un cuchillo, antisépticos, un espejo, trescientos metros de fuerte cuerda.

—Podemos bajar —dijo Reith—. Pero yo preferiría volar. —Se volvió hacia Anacho, que examinaba lúgubrementemente la plataforma—. ¿Crees que podemos repararla?

Anacho se frotó sus largas y blancas manos, disgustado.

—Tienes que darte cuenta de que mi entrenamiento en estos asuntos no es muy completo.

—Muéstrame qué va mal —dijo Reith—. Puede que yo consiga arreglarlo.

El rostro de bufón de Anacho pareció hacerse aún más largo. Reith era la refutación viviente de sus más queridos axiomas. Según la ortodoxia de la doctrina Dirdir, los Dirdir y los Hombres-Dirdir habían evolucionado juntos en un mismo huevo primigenio en el mundo natal Dirdir de Sibol; los únicos hombres auténticos eran los Hombres-Dirdir; todos los demás eran fenómenos. Anacho encontraba difícil reconciliar la competencia de Reith con sus preconcepciones, y su actitud era un curioso compuesto de envidiosa desaprobación, renuente admiración y hosca lealtad. Ahora, en vez de permitir que Reith demostrara sus cualidades en otro aspecto, se apresuró a popa de la plataforma y metió su largo y pálido rostro de payaso en la abertura del motor.

La superficie del otero estaba completamente desprovista de vegetación con pequeños canales de erosión aquí y allá, medio llenos de gruesa arena. Ylin Ylan vagó melan-

cólicamente de un lado para otro. Llevaba los pantalones y la blusa grises de los moradores de la estepa, con una chaquetilla de terciopelo negro; su calzado, negro también, era el primero en hollar las irregulares rocas grises del otero, pensó Reith... Traz estaba mirando hacia el oeste. Reith se le unió en el borde de la roca. Estudió la deprimente estepa, pero no vio nada.

—Los Chasch Verdes —dijo Traz—. Saben que estamos aquí.

Reith escrutó de nuevo la estepa, desde las negras y bajas colinas al norte hasta la bruma del sur. No pudo ver ningún asomo de movimiento, ninguna columna de polvo. Extrajo su sondoscopio, un fotomultiplicador binocular, y examinó nuevamente el paisaje gris amarronado. Entonces vio los saltarines puntos negros, como pulgas.

—Están ahí fuera, sí.

Traz asintió sin gran interés. Reith sonrió, divertido como siempre por la sombría sabiduría del muchacho. Se dirigió a la plataforma.

—¿Cómo van las reparaciones?

La respuesta de Anacho fue un irritado movimiento de brazos y hombros.

—Míralo por ti mismo.

Reith se inclinó y observó la caja negra, que Anacho había abierto, dejando al descubierto una intrincada masa de pequeños componentes.

—El tiempo y la corrosión han hecho su trabajo —dijo Anacho—. Espero poder introducir metal nuevo aquí y aquí. —Señaló—. Lo cual constituye un problema importante, sin herramientas adecuadas.

—Entonces, ¿no podremos seguir el viaje esta noche?

—Quizá mañana al mediodía.

Reith dio un rodeo por la periferia del otero, una distancia de trescientos o cuatrocientos metros, y se sintió algo tranquilizado. Las paredes eran verticales por todas partes, con amontonamientos de rocas en su base, llena de grietas

y oquedades. No parecía haber ningún método sencillo de escalar las paredes, y dudaba de que los Chasch Verdes se tomaran tanto trabajo por el placer trivial de masacrar a unos cuantos hombres.

El viejo sol ambarino brillaba bajo en el oeste; las sombras de Reith, Traz e Ylin Ylan se tendían largas cruzando la parte superior del otero. La muchacha dejó de contemplar hacia el este. Miró a Traz y Reith por un momento, luego, lentamente, casi de forma relucitante, cruzó la arenosa superficie y se reunió con ellos.

—¿Qué es lo que estáis mirando?

Reith señaló. Los Chasch Verdes a lomos de sus caballos saltadores eran visibles ahora a ojo desnudo: oscuras motas brincando en saltos que parecían capaces de descoyuntar los huesos.

Ylin Ylan inspiró profundamente.

—¿Vienen a por nosotros?

—Imagino que sí.

—¿Podemos luchar contra ellos? ¿Y nuestras armas?

—Tenemos los lanzaarena^[2] en la plataforma. Si suben al otero después del anochecer pueden causar algún daño. Durante el día no necesitamos preocuparnos.

Los labios de Ylin Ylan temblaron. Cuando habló, su voz fue casi inaudible.

—Si alguna vez regreso a Cath, me ocultaré en la gruta más alejada del jardín del Jade Azul y nunca más apareceré. Si regreso alguna vez.

Reith pasó un brazo en torno a su cintura: estaba rígida y reacia.

—Por supuesto que regresarás, y reanudarás tu vida allá donde la dejaste.

—No. Puede que ya haya alguna otra Flor de Cath; habrá sido bien recibida... siempre que haya elegido otra flor distinta al Ylin Ylan para su bouquet.

El pesimismo de la muchacha desconcertó a Reith. Había soportado con estoicismo todas las pruebas anteriores;

ahora, con perspectivas de regresar a casa, se había vuelto taciturna. Reith lanzó un profundo suspiro y se alejó.

Los Chasch Verdes estaban ya a menos de un par de kilómetros de distancia. Reith y Traz retrocedieron para no llamar la atención en caso de que los Chasch no se hubieran dado cuenta de su presencia allí. La esperanza se disolvió muy pronto. Los Chasch Verdes llegaron a la carrera a la base del otero, desmontaron y se quedaron contemplando la pared del farallón. Reith, mirando por encima del borde, contó cuarenta y tres criaturas. Su altura iba de los dos metros a los dos metros y medio, fornidos y de recios miembros, con escamas verde metálico parecidas a las de un pangolín. Bajo la protuberancia frontal de su cráneo sus rostros eran pequeños y, a los ojos de Reith, como el rostro de un insecto feroz visto bajo una lente de aumento. Llevaban delantales de cuero y arneses en los hombros; iban armados con espadas que, como todas las espadas de Tschai, parecían largas y poco manejables, y éstas, de dos y medio y tres metros de largo, aún más. Algunos de ellos iban armados con catapultas; Reith se echó hacia atrás para evitar alguna flecha. Miró a su alrededor en busca de rocas que dejar caer por la pared del otero, pero no encontró ninguna.

Algunos de los Chasch cabalgaron rodeando el otero, examinando sus paredes. Traz corrió a lo largo de su periferia, manteniéndolos vigilados.

Todos regresaron al grupo principal, donde se quedaron murmurando y rezongando. Reith tuvo la impresión de que no se sentían muy entusiasmados a escalar la pared del otero. Montaron el campamento, ataron sus caballos saltadores, y les metieron trozos de una sustancia oscura y pegajosa en sus pálidas fauces. Encendieron tres fuegos, sobre los que hirvieron trozos de la misma sustancia con la que habían alimentado a los caballos saltadores, y finalmente se sentaron sobre pequeños montículos en forma de sapo y devoraron alegremente el contenido de sus calde-